



Maurice Leblanc

La Perla Negra



**E** LEJANDRIA



Maurice Leblanc  
La Perla Negra



**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LA PERLA NEGRA

**MAURICE LEBLANC**

**PUBLICADO: 1906**  
**FUENTE: PROJECT GUTENBERG**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## LA PERLA NEGRA

Un violento timbrazo despertó a la portera del número 9 de la avenida Hoche. Tiró del cordón refunfuñando:

—Creía que ya habían vuelto todos. ¡Son por lo menos las tres!

Su marido gruñó:

—Quizá sea para el doctor.

En efecto, una voz preguntó:

—El doctor Harel... ¿qué piso?

—Tercero a la izquierda. Pero el doctor no sale de noche.

—Tendrá que salir.

El señor penetró en el vestíbulo, subió un piso, dos pisos y, sin siquiera detenerse en el rellano del doctor Harel, continuó hasta el quinto. Allí, probó dos llaves. Una accionó la cerradura, la otra el cerrojo de seguridad.

—A las mil maravillas —murmuró—, la tarea se simplifica considerablemente. Pero antes de actuar, hay que asegurar nuestra retirada. Veamos... ¿he tenido lógicamente tiempo de llamar a casa del doctor y de ser despedido por él? Todavía no... un poco de paciencia...

Al cabo de unos diez minutos, volvió a bajar y golpeó el cristal de la portería, maldiciendo contra el doctor. Le abrieron y cerró la puerta de un portazo tras de sí. Ahora bien, esa puerta no se cerró,

pues el hombre había aplicado vivamente un trozo de hierro en el cerradero para que el pestillo no pudiera introducirse.

Regresó, pues, sin ruido, a espaldas de los porteros. En caso de alarma, su retirada estaba asegurada.

Subió apaciblemente los cinco pisos. En la antecámara, a la luz de una linterna eléctrica, depositó su abrigo y su sombrero en una de las sillas, se sentó en otra y envolvió sus botines en gruesas zapatillas de fieltro.

—¡Uf, ya está!... ¡Y con qué facilidad! Me pregunto por qué no todo el mundo elige el cómodo oficio de ladrón. Con un poco de destreza y reflexión, no hay otro más encantador. Un oficio de lo más tranquilo... un oficio de padre de familia... Demasiado cómodo incluso... se vuelve tedioso.

Desplegó un plano detallado del apartamento.

—Empecemos por orientarnos. Aquí, diviso el rectángulo del vestíbulo donde me encuentro. Del lado de la calle, el salón, el tocador y el comedor. Inútil perder el tiempo por ahí, parece que la condesa tiene un gusto deplorable... ¡ni un objeto de valor!... Así que, directo al grano... ¡Ah! Aquí está el trazado de un pasillo, el que lleva a las habitaciones. A tres metros, debo encontrar la puerta del armario ropero que comunica con la habitación de la condesa.

Replegó su plano, apagó su linterna y se adentró en el pasillo contando:

—Un metro... dos metros... tres metros... Aquí está la puerta... ¡Qué bien sale todo, Dios mío! Un simple cerrojo, un pequeño cerrojo, me separa de la habitación y, lo que es más, sé que ese cerrojo se encuentra a un metro cuarenta y tres del suelo... De modo que, gracias a una ligera incisión que voy a practicar alrededor, nos libramos de él...

Sacó de su bolsillo los instrumentos necesarios, pero una idea lo detuvo.

—¿Y si, por casualidad, ese cerrojo no estuviera echado? Probemos... ¡Por lo que cuesta!

Giró el pomo de la cerradura. La puerta se abrió.

—Mi buen Lupin, decididamente la suerte te favorece. ¿Qué necesitas ahora? Conoces la topografía de los lugares donde vas a operar; conoces el lugar donde la condesa esconde la perla negra... Por consiguiente, para que la perla negra sea tuya, se trata simplemente de ser más silencioso que el silencio, más invisible que la noche.

Arsène Lupin empleó una buena media hora para abrir la segunda puerta, una puerta acristalada que daba a la habitación. Pero lo hizo con tanta precaución que, aunque la condesa no hubiera estado dormida, ningún chirrido equívoco habría podido inquietarla.

Según las indicaciones de su plano, no tenía más que seguir el contorno de una *chaise longue*. Eso lo conducía a un sillón, y luego a una pequeña mesa situada cerca de la cama. Sobre la mesa había una caja de papel de cartas y, guardada simplemente en esa caja, la perla negra.

Se tumbó en la alfombra y siguió los contornos de la *chaise longue*. Pero en el extremo se detuvo para reprimir los latidos de su corazón. Aunque ningún temor lo agitaba, le era imposible vencer esa especie de angustia nerviosa que se siente en el silencio excesivo. Y se asombraba de ello, pues, al fin y al cabo, había vivido sin emoción minutos más solemnes. Ningún peligro lo amenazaba. Entonces, ¿por qué su corazón latía como una campana enloquecida? ¿Era esa mujer dormida lo que lo impresionaba, esa vida tan próxima a la suya?

Escuchó y creyó discernir el ritmo de una respiración. Se sintió tranquilizado como por una presencia amiga.

Buscó el sillón, luego, con pequeños gestos insensibles, reptó hacia la mesa, tanteando la sombra con su brazo extendido. Su mano derecha encontró una de las patas de la mesa.

¡Por fin! No tenía más que levantarse, coger la perla y marcharse. ¡Afortunadamente! Porque su corazón recommenzaba a saltar en su pecho como una bestia aterrorizada, y con tal ruido que le parecía imposible que la condesa no se despertara.

Lo apaciguó con un prodigioso impulso de voluntad, pero, en el momento en que intentaba incorporarse, su mano izquierda tropezó en la alfombra con un objeto que reconoció enseguida como un candelabro, un candelabro volcado; y de inmediato, se presentó otro objeto, un reloj, uno de esos pequeños relojes de viaje recubiertos con una funda de cuero.

¿Qué? ¿Qué pasaba? No comprendía. Ese candelabro... ese reloj... ¿por qué no estaban esos objetos en su lugar habitual? ¡Ah! ¿Qué pasaba en la sombra espantosa?

Y de repente, se le escapó un grito. Había tocado... ¡oh, qué cosa tan extraña, innombrable! Pero no, no, el miedo le turbaba el cerebro. Veinte segundos, treinta segundos, permaneció inmóvil, espantado, con sudor en las sienes. Y sus dedos conservaban la sensación de ese contacto.

Con un esfuerzo implacable, extendió el brazo de nuevo. Su mano, de nuevo, rozó la cosa, la cosa extraña, innombrable. La palpó. Exigió que su mano la palpara y se diera cuenta. Era un cabello, un rostro... y ese rostro estaba frío, casi helado.

Por terrorífica que sea la realidad, un hombre como Arsène Lupin la domina en cuanto toma conocimiento de ella. Rápidamente, accionó el resorte de su linterna. Una mujer yacía ante él, cubierta de sangre. Espantosas heridas devastaban su cuello y sus hombros. Se inclinó y la examinó. Estaba muerta.

—Muerta, muerta —repitió con estupor.

Y miraba esos ojos fijos, el rictus de esa boca, esa carne lívida y esa sangre, toda esa sangre que había corrido por la alfombra y se cuajaba ahora, espesa y negra.

Habiéndose levantado, giró el interruptor de la electricidad, la estancia se llenó de luz, y pudo ver todos los signos de una lucha encarnizada. La cama estaba completamente deshecha, las mantas y las sábanas arrancadas. En el suelo, el candelabro, luego el reloj — las agujas marcaban las once y veinte—, luego, más lejos, una silla volcada, y por todas partes sangre, charcos de sangre.

—¿Y la perla negra? —murmuró.

La caja de papel de cartas estaba en su sitio. La abrió vivamente. Contenía el estuche. Pero el estuche estaba vacío.

—¡Diablos! —se dijo—. Te has jactado un poco pronto de tu suerte, amigo Arsène Lupin... La condesa asesinada, la perla negra desaparecida... ¡la situación no es brillante! Huyamos, si no te arriesgas a incurrir en graves responsabilidades.

Sin embargo, no se movió.

—¿Huir? Sí, otro huiría. Pero, ¿Arsène Lupin? ¿No hay nada mejor que hacer? Veamos, procedamos por orden. Después de todo, tu conciencia está tranquila... Supón que eres comisario de policía y que debes proceder a una investigación... Sí, pero para eso, haría falta tener un cerebro más claro. ¡Y el mío está en un estado!

Se dejó caer en un sillón, con los puños crispados contra su frente ardiente.

---

El caso de la avenida Hoche es uno de los que más vivamente nos han intrigado en los últimos tiempos, y ciertamente no lo habría contado si la participación de Arsène Lupin no lo iluminara con una luz muy especial. Esta participación, pocos la sospechan. Nadie sabe en todo caso la exacta y curiosa verdad.

¿Quién no conocía, por haberla encontrado en el Bois, a Léontine Zalti, la antigua cantante, esposa y viuda del conde d'Andillot, la Zalti cuyo lujo deslumbraba a París hace unos veinte años, la Zalti, condesa d'Andillot, a quien sus aderezos de diamantes y perlas le

valieron una reputación europea? Se decía de ella que llevaba sobre sus hombros la caja fuerte de varias casas de banca y las minas de oro de varias compañías australianas. Los grandes joyeros trabajaban para la Zalti como se trabajaba antaño para los reyes y las reinas.

¿Y quién no recuerda la catástrofe en la que todas esas riquezas fueron engullidas? Casas de banca y minas de oro, el abismo lo devoró todo. De la maravillosa colección, dispersada por el subastador, no quedó más que la famosa perla negra. ¡La perla negra!, es decir, una fortuna, si hubiera querido desprenderse de ella.

No quiso. Prefirió restringirse, vivir en un simple apartamento con su dama de compañía, su cocinera y un criado, antes que vender esa inestimable joya. Había para ello una razón que no temía confesar: la perla negra era el regalo de un emperador! Y casi arruinada, reducida a la existencia más mediocre, permaneció fiel a su compañera de los buenos tiempos.

—Mientras viva —decía—, no la abandonaré.

De la mañana a la noche, la llevaba en su cuello. Por la noche, la guardaba en un lugar conocido solo por ella.

Todos estos hechos recordados por la prensa estimularon la curiosidad y, cosa extraña pero fácil de comprender para quienes tienen la clave del enigma, fue precisamente el arresto del presunto asesino lo que complicó el misterio y prolongó la emoción. Dos días después, en efecto, los periódicos publicaban la siguiente noticia:

«Se nos anuncia el arresto de Victor Danègre, el criado de la condesa d'Andillot. Los cargos que pesan sobre él son abrumadores. En la manga de lustrina de su chaleco de librea, que el señor Dudouis, jefe de la Sûreté, encontró en su buhardilla, entre el somier y el colchón, se han constatado manchas de sangre. Además, a este chaleco le faltaba un botón forrado de tela. Pues bien, este botón, desde el inicio de las pesquisas, había sido recogido bajo la misma cama de la víctima.

»Es probable que, después de la cena, Danègre, en lugar de regresar a su buhardilla, se haya deslizado en el armario ropero, y que, por la puerta acristalada, haya visto a la condesa esconder la perla negra.

»Debemos decir que, hasta ahora, ninguna prueba ha venido a confirmar esta suposición. En todo caso, otro punto queda oscuro. A las siete de la mañana, Danègre se dirigió al estanco del bulevar de Courcelles: la portera primero, y luego la estanquera, han testificado en este sentido. Por otra parte, la cocinera de la condesa y su dama de compañía, que duermen ambas al final del pasillo, afirman que a las ocho, cuando se levantaron, la puerta de la antecámara y la puerta de la cocina estaban cerradas con doble vuelta. Desde hace veinte años al servicio de la condesa, estas dos personas están por encima de toda sospecha. Uno se pregunta, pues, cómo pudo Danègre salir del apartamento. ¿Se había hecho hacer otra llave? La instrucción aclarará estos diferentes puntos.»

La instrucción no aclaró absolutamente nada, al contrario. Se supo que Victor Danègre era un reincidente peligroso, un alcohólico y un depravado, a quien una cuchillada no asustaba. Pero el asunto mismo parecía, a medida que se estudiaba, envolverse en tinieblas más espesas y contradicciones más inexplicables.

Primero, una señorita de Sinclèves, prima y única heredera de la víctima, declaró que la condesa, un mes antes de su muerte, le había confiado en una de sus cartas la forma en que escondía la perla negra. Al día siguiente de recibir esta carta, constató su desaparición. ¿Quién la había robado?

Por su parte, los porteros contaron que habían abierto la puerta a un individuo, el cual había subido a casa del doctor Harel. Se citó al doctor. Nadie había llamado a su puerta. Entonces, ¿quién era ese individuo? ¿Un cómplice?

Esta hipótesis de un cómplice fue adoptada por la prensa y por el público. Ganimard, el viejo inspector principal Ganimard, la defendía, no sin razón.

—Hay algo de Lupin en esto —le decía al juez.

—¡Bah! —replicaba este—. Usted lo ve por todas partes, a su Lupin.

—Lo veo por todas partes porque está en todas partes.

—Diga más bien que lo ve cada vez que algo no le parece muy claro. Además, en este caso, fíjese en esto: el crimen se cometió a las once y veinte de la noche, como atestigua el reloj, y la visita nocturna, denunciada por los porteros, no tuvo lugar hasta las tres de la mañana.

La justicia obedece a menudo a esos impulsos de convicción que hacen que se obligue a los acontecimientos a plegarse a la primera explicación que se les ha dado. Los deplorables antecedentes de Victor Danègre, reincidente, borracho y depravado, influyeron en el juez, y aunque ninguna circunstancia nueva vino a corroborar los dos o tres indicios descubiertos inicialmente, nada pudo hacerle cambiar de opinión. Cerró su instrucción. Unas semanas después, comenzaron los debates.

Fueron confusos y lánguidos. El presidente los dirigió sin ardor. El ministerio público atacó débilmente. En estas condiciones, el abogado de Danègre lo tenía fácil. Mostró las lagunas y las imposibilidades de la acusación. No existía ninguna prueba material. ¿Quién había forjado la llave, la indispensable llave sin la cual Danègre, tras su partida, no habría podido cerrar con doble vuelta la puerta del apartamento? ¿Quién la había visto, esa llave, y qué había sido de ella? ¿Quién había visto el cuchillo del asesino, y qué había sido de él?

—Y, en todo caso —concluía el abogado—, prueben que fue mi cliente quien mató. Prueben que el autor del robo y del crimen no es ese misterioso personaje que se introdujo en la casa a las tres de la mañana. El reloj marcaba las once, me dirán. ¿Y qué? ¿No se pueden poner las agujas de un reloj a la hora que a uno le conviene?

Victor Danègre fue absuelto.

---

Salió de prisión un viernes al atardecer, adelgazado, deprimido por seis meses de celda. La instrucción, la soledad, los debates, las deliberaciones del jurado, todo ello lo había llenado de un espanto enfermizo. Por la noche, horribles pesadillas, visiones de cadalso lo atormentaban. Temblaba de fiebre y de terror.

Bajo el nombre de Anatole Dufour, alquiló una pequeña habitación en las alturas de Montmartre, y vivió al azar de los trabajos, haciendo chapuzas aquí y allá.

¡Vida lamentable! Tres veces contratado por tres patrones diferentes, fue reconocido y despedido en el acto.

A menudo se dio cuenta, o creyó darse cuenta, de que unos hombres lo seguían, hombres de la policía, no le cabía duda, que no renunciaban a hacerlo caer en alguna trampa. Y de antemano sentía el rudo agarre de la mano que lo cogería por el cuello.

Una noche que cenaba en una casa de comidas del barrio, alguien se instaló frente a él. Era un individuo de unos cuarenta años, vestido con una levita negra de dudosa limpieza. Pidió una sopa, verduras y un litro de vino.

Y cuando hubo comido la sopa, volvió los ojos hacia Danègre y lo miró largamente.

Danègre palideció. Seguro que ese individuo era de los que lo seguían desde hacía semanas. ¿Qué quería de él? Danègre intentó levantarse. No pudo. Sus piernas vacilaban bajo él.

El hombre se sirvió un vaso de vino y llenó el vaso de Danègre.

—¿Brindamos, camarada?

Victor balbuceó:

—Sí... sí... a su salud, camarada.

—A su salud, Victor Danègre.

El otro se sobresaltó:

—¡Yo!... ¡Yo!... pero no... se lo juro...

—¿Me jura qué? ¿Que no es usted? ¿El criado de la condesa?

—¿Qué criado? Me llamo Dufour. Pregúntele al dueño.

—Dufour, Anatole, sí, para el dueño, pero Danègre para la justicia, Victor Danègre.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! Le han mentido.

El recién llegado sacó de su bolsillo una tarjeta y se la tendió. Victor leyó: «Grimaudan, exinspector de la Sûreté. Informes confidenciales.» Se estremeció.

—¿Es usted de la policía?

—Ya no lo soy, pero el oficio me gustaba, y continúo de una manera más... lucrativa. Se encuentran de vez en cuando asuntos de oro... como el suyo.

—¿El mío?

—Sí, el suyo, es un asunto excepcional, si es que quiere usted poner un poco de buena voluntad.

—¿Y si no la pongo?

—Tendrá que hacerlo. Está usted en una situación en la que no puede negarme nada.

Una sorda aprensión invadía a Victor Danègre. Preguntó:

—¿Qué pasa?... hable.

—De acuerdo —respondió el otro—, acabemos con esto. En dos palabras, he aquí: soy enviado por la señorita de Sinclèves.

—¿Sinclèves?

—La heredera de la condesa d'Andillot.

—¿Y bien?

—Pues bien, la señorita de Sinclèves me encarga que le reclame la perla negra.

—¿La perla negra?

—La que usted robó.

—¡Pero yo no la tengo!

—Usted la tiene.

—Si la tuviera, sería yo el asesino.

—Usted es el asesino.

Danègre se esforzó por reír.

—Afortunadamente, mi buen señor, el Tribunal no ha sido de la misma opinión. Todos los jurados, ¿me oye?, me han reconocido inocente. Y cuando uno tiene la conciencia tranquila y la estima de doce hombres de bien...

El exinspector le agarró el brazo:

—Déjate de frases, muchacho. Escúchame bien atentamente y pesa mis palabras, valen la pena. Danègre, tres semanas antes del crimen, le robaste a la cocinera la llave que abre la puerta de servicio, e hiciste hacer una llave similar en casa de Outard, cerrajero, 244, rue Oberkampf.

—¡No es verdad, no es verdad! —gruñó Victor—. Nadie ha visto esa llave... no existe.

—Aquí está.

Tras un silencio, Grimaudan reanudó:

—Mataste a la condesa con la ayuda de un cuchillo con virola comprado en el bazar de la República, el mismo día que encargaste tu llave. La hoja es triangular y acanalada.

—¡Paparruchas, todo eso, habla usted al azar! Nadie ha visto el cuchillo.

—Aquí está.

Victor Danègre dio un respingo. El exinspector continuó:

—Tiene manchas de óxido. ¿Es necesario que le explique su procedencia?

—¿Y qué?... usted tiene una llave y un cuchillo... ¿Quién puede afirmar que me pertenecían?

—El cerrajero, para empezar, y luego el empleado al que le compraste el cuchillo. Ya les he refrescado la memoria. Frente a ti, no dudarán en reconocerte.

Hablaba seca y duramente, con una precisión terrorífica. Danègre estaba convulso de miedo. Ni el juez, ni el presidente del tribunal, ni el fiscal lo habían acorralado tanto, no habían visto tan claro en cosas que él mismo ya no discernía muy nítidamente.

Sin embargo, intentó todavía fingir indiferencia.

—¡Si esas son todas sus pruebas!

—Me queda esta. Volviste a salir, después del crimen, por el mismo camino. Pero, en medio del armario ropero, presa del espanto, tuviste que apoyarte en la pared para mantener el equilibrio.

—¿Cómo lo sabe? —balbuceó Victor—. Nadie puede saberlo.

—La justicia, no; a ninguno de esos señores de la fiscalía se le podía ocurrir encender una vela y examinar las paredes. Pero si se hiciera, se vería en el yeso blanco una marca roja muy ligera, pero lo bastante nítida como para reconocer la huella de la cara anterior de tu pulgar, de tu pulgar todo húmedo de sangre y que posaste contra la pared. Pues bien, no ignoras que en antropometría, ese es uno de los principales medios de identificación.

Victor Danègre estaba lívido. Gotas de sudor caían de su frente sobre la mesa. Consideraba con ojos de loco a ese hombre extraño que evocaba su crimen como si hubiera sido su testigo invisible.

Bajó la cabeza, vencido, impotente. Durante meses había luchado contra todo el mundo. Contra ese hombre, tenía la impresión de que no había nada que hacer.

—Si le devuelvo la perla —balbuceó—, ¿cuánto me dará?

—Nada.

—¡Cómo! ¡Se burla! ¿Le daría yo algo que vale miles y cientos de miles, y no recibiría nada?

—Sí, la vida.

El miserable se estremeció. Grimaudan añadió, con un tono casi dulce:

—Vamos, Danègre, esta perla no tiene ningún valor para ti. Te es imposible venderla. ¿Para qué guardarla?

—Hay peristas... y un día u otro, a cualquier precio...

—Un día u otro, será demasiado tarde.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque la justicia habrá vuelto a ponerte la mano encima y, esta vez, con las pruebas que yo le proporcionaré, el cuchillo, la llave, la indicación del pulgar, estás liquidado, amigo.

Victor se apretó la cabeza con ambas manos y reflexionó. Se sentía perdido, en efecto, irremediablemente perdido, y, al mismo tiempo, una gran fatiga lo invadía, una inmensa necesidad de reposo y de abandono.

Murmuró:

—¿Para cuándo la quiere?

—Esta noche, antes de una hora.

—¿Si no?

—Si no, echo al correo esta carta en la que la señorita de Sinclèves te denuncia al fiscal de la República.

Danègre se sirvió dos vasos de vino que bebió uno tras otro y, levantándose:

—Pague la cuenta y vamos... estoy harto de este maldito asunto.

Había anochecido. Los dos hombres bajaron la rue Lepic y siguieron los bulevares exteriores en dirección a l'Étoile. Caminaban silenciosamente, Victor, muy cansado y con la espalda encorvada.

En el parque Monceau, dijo:

—Es por el lado de la casa...

—¡Pardiez! Antes de tu arresto, solo saliste para ir al estanco.

—Ya estamos —dijo Danègre, con voz sorda.

Bordearon la verja del jardín y cruzaron una calle en cuya esquina estaba el estanco. Danègre se detuvo unos pasos más allá. Sus piernas vacilaban. Cayó sobre un banco.

—¿Y bien? —preguntó su compañero.

—Está ahí.

—¡Está ahí! ¿Qué me estás contando?

—Sí, ahí, delante de nosotros.

—¡Delante de nosotros! Oye, Danègre, no deberías...

—Le repito que está ahí.

—¿Dónde?

—Entre dos adoquines.

—¿Cuáles?

—Busque.

—¿Cuáles? —repitió Grimaudan.

Victor no respondió.

—Ah, perfecto, quieres tomarme el pelo, amigo.

—No... pero... me voy a morir de miseria.

—¿Y entonces, dudas? Vamos, seré generoso. ¿Cuánto necesitas?

—Para comprar mi billete de tercera para América.

—Convenido.

—Y un billete de cien para los primeros gastos.

—Tendrás dos. Habla.

—Cuenta los adoquines, a la derecha de la alcantarilla. Está entre el duodécimo y el decimotercero.

—¿En la reguera?

—Sí, al pie de la acera.

Grimaudan miró a su alrededor. Pasaban tranvías, pasaba gente. ¡Pero bah! ¿Quién podía sospechar...?

Abrió su cortaplumas y lo clavó entre el duodécimo y el decimotercer adoquín.

—¿Y si no está?

—Si nadie me vio agacharme y hundirla, todavía está.

¿Era posible que estuviera allí? ¡La perla negra arrojada al barro de una reguera, a disposición del primero que pasara! La perla negra... ¡una fortuna!

—¿A qué profundidad?

—Unos diez centímetros.

Cavó en la arena mojada. La punta de su cortaplumas golpeó algo. Con sus dedos ensanchó el agujero.

Vio la perla negra.

—Toma, aquí tienes tus doscientos francos. Te enviaré tu billete para América.

Al día siguiente, el *Écho de France* publicaba esta breve nota, que fue reproducida por los periódicos del mundo entero:

Desde ayer, la famosa perla negra está en manos de Arsène Lupin, quien la ha recuperado del asesino de la condesa d'Andillot. En

breve, facsímiles de esta preciosa joya serán expuestos en Londres, San Petersburgo, Calcuta, Buenos Aires y Nueva York.

Arsène Lupin espera las propuestas que quieran hacerle sus corresponsales.

---

—Y así es como el crimen es siempre castigado y la virtud recompensada —concluyó Arsène Lupin, cuando me hubo revelado los entresijos del asunto.

—Y así es como, bajo el nombre de Grimaudan, exinspector de la Sûreté, fue usted elegido por el destino para arrebatarse al criminal el beneficio de su fechoría.

—Justamente. Y confieso que es una de las aventuras de las que estoy más orgulloso. Los cuarenta minutos que pasé en el apartamento de la condesa, después de haber constatado su muerte, son de los más asombrosos y profundos de mi vida. En cuarenta minutos, enredado en la situación más inextricable, reconstituí el crimen, adquirí la certeza, con la ayuda de algunos indicios, de que el culpable solo podía ser un criado de la condesa. Finalmente, comprendí que, para tener la perla, era necesario que ese criado fuera arrestado —y dejé el botón del chaleco—, pero que no era necesario que se levantaran contra él pruebas irrefutables de su culpabilidad —y recogí el cuchillo olvidado en la alfombra, me llevé la llave olvidada en la cerradura, cerré la puerta con doble vuelta y borré las huellas de los dedos en el yeso del armario ropero. En mi opinión, fue uno de esos destellos...

—De genio —interrumpí.

—De genio, si quiere, y que no habría iluminado el cerebro de un cualquiera. Adivinar en un segundo los dos términos del problema —un arresto y una absolución—, servirme del formidable aparato de la justicia para desquiciar a mi hombre, para embrutecerlo, en fin, para ponerlo en un estado de ánimo tal que una vez libre debía

inevitablemente, fatalmente, caer en la trampa un tanto burda que le tendía...

—¿Un tanto? Diga mucho, pues no corría ningún peligro.

—¡Oh, ni el más mínimo, puesto que toda absolución es cosa definitiva!

—Pobre diablo...

—Pobre diablo... ¡Victor Danègre! ¿No piensa que es un asesino? Habría sido de la mayor inmoralidad que la perla negra se quedara con él. ¡Vive, imagínese, Danègre vive!

—Y la perla negra es suya.

La sacó de uno de los bolsillos secretos de su cartera, la examinó, la acarició con sus dedos y sus ojos emocionados, y suspiraba:

—¿Qué boyardo, qué rajá imbécil y vanidoso poseerá este tesoro? ¿A qué multimillonario americano está destinado el pequeño trozo de belleza y lujo que adornaba los blancos hombros de Léontine Zalti, condesa d'Andillot?...

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**